

PERDIDOS, PERO NO OLVIDADOS

CLIP BOUTELL

Traducción de NURIA VILLAGRASA VALDIVIESO

PERDER el manuscrito de un libro es, en cierto modo, como perder a un hijo. Parece irremplazable. Pueden haberse dedicado meses, incluso años, a dar forma a una idea y moldearla para la posteridad. Y entonces llega el golpe —por accidente, por descuido, por pura mala suerte—, el manuscrito está destruido y hay que iniciar de nuevo todo el proceso creativo.

Casi todo el mundo ha oído hablar del trágico destino del primer volumen de la *Historia de la Revolución Francesa*, de Thomas Carlyle. Pero Carlyle superó el golpe reescribiéndolo, y saltando, con él, a la fama y la fortuna. Y, desde luego, la *Historia de la Revolución Francesa* no es el único libro famoso que se reescribe tras perderse el primer borrador.

Para situar la cuestión, no hará ningún daño volver la vista una vez más hacia el incidente familiar. Carlyle, según la biografía que Townsend Scudder escribió sobre la mujer del historiador, *Jane Welsh Carlyle*, había terminado el manuscrito del primer volumen y se lo había dado a John Stuart Mill para que lo leyera, con la esperanza de que le indicara algún defecto leve en el estilo.

A la hora del té del 6 de marzo de 1835, Mill visitó por sorpresa a los Carlyle en el número 5 de Cheyne Row y les dio la turbadora noticia: un criado había confundido el manuscrito con un montón de papel para tirar y había utilizado todo, salvo una página o dos, para encender el fuego.

—Algo así no había sucedido nunca— se quejó Mill.

—Sí —respondió Carlyle—, Newton y su perro Diamond.

Carlyle no había guardado ninguna nota, pero retomó el capítulo inicial del segundo volumen, en el que estaba trabajando entonces, hasta comple-

tarlo, y enseguida se puso a recrear el material anterior. Resultó duro, pero juró que, a pesar de las vicisitudes, sería un buen libro, y lo es.

La referencia de Carlyle a Newton habla de otra pérdida clásica, aunque posiblemente apócrifa. Tal y como cuenta la leyenda, Newton había dejado los manuscritos en los que había plasmado la obra de sus últimos años en una mesa junto a una vela encendida. Su perro Diamond, que estaba jugando alrededor de la mesa, tiró la vela e incendió los papeles. Newton, filósofo en todo momento, simplemente movió la cabeza.

—Ay, Diamond, Diamond —apostrofó—. ¡Qué poco consciente eres del daño que has hecho!

La Historia no ha dejado constancia de ningún intento de apagar las llamas, ni de si Sir Isaac volvió a empezar.

Molière, el famoso dramaturgo, en una situación similar, estalló. Estaba a punto de terminar una traducción de Lucrecio cuando uno de sus criados utilizó algunas hojas para la peluca del dramaturgo. Enfurecido, Molière lanzó el resto del libro al fuego.

Quizá todos los filósofos se vuelven un poco descuidados en la vejez, o quizá, pobres jueces de la ayuda doméstica. El asunto Carlyle-Mill casi fue un duplicado exacto de la experiencia del amigo de Newton ahora olvidado, el filósofo Firmin Abauzit.

«Una criada simple y rústica», por usar el lenguaje de la época, con la intención de «ordenar bien las cosas del señor», tiró todos los papeles de su mesa de trabajo al fuego. Entre éstos se encontraban los cálculos de cuarenta años de esfuerzo. Pero Abauzit retomó su trabajo tranquilamente.

Si se tiene en cuenta la conmoción que causó la publicación de *Cuento de una barrica* del deán Swift en 1704, no es posible evitar preguntarse por el riesgo que corrió su autor con el manuscrito. El vitriólico Jonathan nunca había tratado directamente con sus librerías-impresores, para la publicación de ninguna de sus sátiras anteriores. En el caso de *Cuento de una barrica*, le preocupaba tanto mantener el anonimato que lo lanzó a la puerta del librero desde un coche en marcha sin ni siquiera esperar a ver si lo recogían las personas a las que iba dirigido.

El deán hizo su pequeña apuesta con el destino mientras se apoyaba en el mohoso respaldo de su coche, pero no era tan arriesgada como podría parecer en un principio. Él habría reescrito el original si se hubiera perdido, para continuar disparando con una rabia aparentemente inagotable a las supersticiones y poses de su época. El suyo fue el impulso que distingue a los escritores que tienen algo que decir y que superarán cualquier obstáculo para llevar su mensaje a los lectores.

En 1836, sólo un año después de la pérdida del manuscrito de Carlyle, Richard Henry Dana llegó a Boston de regreso de su histórico viaje alrededor del cabo de Hornos hasta California. En la introducción de una de las últimas ediciones de su libro *Dos años al pie del mástil*, su hijo escribe:

«Mientras estuvo embarcado tomó notas casi a diario en un cuaderno de bolsillo y en los ratos libres las pasó a limpio. El relato completo de su viaje casi se perdió con el baúl en el que se encontraban su ropa de marinero, además de todos los recuerdos y regalos que llevó para la familia y los amigos, por culpa del descuido de un pariente que se hizo cargo de sus cosas en el muelle».

Ese manuscrito sería, de hecho, todo un hallazgo si todavía existiera. La versión que cobró fama de *Dos años al pie del mástil* la escribió Dana a partir de las notas originales a su regreso a la Harvard Law School. Afortunadamente, no había confiado las notas al mismo mensajero anónimo. Pero transcurrieron casi cuatro años mientras Dana lo reescribía y William Cullen Bryant disponía la publicación de este clásico realista de la vida en el mar que acabó influyendo en los reportajes testimoniales un siglo más tarde.

El camino de los millones de palabras perdidas sigue hacia San Francisco y el famoso teatro y hotel Baldwin, construidos por el «afortunado» Baldwin, el jugador y promotor, «el único que ha ganado doscientos mil dólares con darle la vuelta a una única carta».

El actor y productor William Gillette estaba alojado en el hotel Baldwin el 23 de noviembre de 1898. Durante la gira con la obra *Servicio secreto*, había dedicado cada minuto libre fuera del escenario a la dramatización del *Sherlock Holmes* de Conan Doyle, y por fin estaba acabada.

No resulta difícil imaginar al actor ocupado en las últimas correcciones de la última página, pendiente de la hora y decidiendo que tenía el tiempo justo para una cena rápida antes de dirigirse al teatro. El guión terminado vuelve a su repleto baúl. Coge el sombrero, baja y cruza el vestíbulo hasta salir a la calle.

Tras terminar de cenar, el señor Gillette sale del restaurante y regresa al hotel. Camina unas manzanas y la tragedia explota ante sus ojos. El hotel Baldwin arde en llamas. El fuego estaba fuera de control y permaneció activo durante varios días.

Pero William Gillette retomó la obra desde el principio y un año después representó por primera vez su *Sherlock Holmes* en el papel que le llevó a la fama y que más veces representó casi hasta su muerte en 1937.

Ese manuscrito reescrito es ahora el orgullo de un vendedor de libros raros de Nueva York. Y cada corrección en tinta roja, cada garabato, cada diagrama para el director de escena, es un testimonio mudo de su total recuperación de la pérdida. Y es posible que sea una obra mejor gracias a la revisión.

Booth Tarkington, por una de esas curiosas vueltas que da la vida, tuvo más suerte que William Gillette. Hace algunos años, Barton Currie, por entonces director de *The Ladies Home Journal*, llamó al señor Tarkington de Indianápolis para recoger el manuscrito de un relato que le había contratado.

El señor Currie metió la historia en su nueva bolsa de viaje de piel inglesa, en la que ya se encontraban otros manuscritos que llevaba a Filadelfia. Tarkington quiso despedirse de él y, de camino a la estación, se detuvieron en el club de la universidad. Hacía un frío glacial y el chófer de Booth Tarkington se quedó en la puerta lateral del club para entrar en calor.

Cinco minutos después, salió a la acera y descubrió que habían robado el coche con todo lo que llevaba. Barton Currie tomó el tren sin su bolsa de viaje, en la que también llevaba el pijama y otros efectos personales. Pero dejemos que sea el propio Booth Tarkington el que nos cuente el resto de la historia:

«Avisamos a la policía. Publicamos una oferta de recompensa en los periódicos del día siguiente y, a la hora del desayuno, recuperamos el coche, que estaba abandonado a las afueras de la ciudad. Antes de que llegara el coche custodiado por un policía, un hombre muy vivo tomó prestada la fiambarrera de un trabajador, nos dijo que él había encontrado el coche, recibió la recompensa y se alejó rápidamente. Más tarde descubrimos que había salido de la cárcel de Pendleton el día anterior. Con el dinero que le entregamos tan alegremente emprendió viaje a lugares desconocidos.

»Soltamos una nueva recompensa cuando llegaron el coche, el hombre que lo encontró y el policía, pero nunca apareció la bolsa de viaje del señor Currie ni los manuscritos que guardaba, salvo uno, el mío. Evidentemente, el ladrón había mirado el contenido de la bolsa y había decidido quedársela con todo lo que había en su interior, con una única excepción que tiró al suelo del coche. Tal era su lamentable gusto».

Pero si Tarkington tuvo suerte, el coronel T. E. Lawrence, no. El borrador original de *Los siete pilares de la sabiduría* lo perdió el autor en un transbordo en la estación de Reading en las Navidades de 1919 y nunca ha visto la luz.

La bibliografía de este magnífico libro en cada una de sus diversas ediciones probablemente sea más compleja que la de cualquier otro título de nuestra época. Pero sin entrar en grandes detalles, se puede reconstruir el desarrollo de la historia principal que finalmente apareció como *Los siete pilares*.

De los diez libros originales, o partes, de la obra completa, todos excepto la introducción y los borradores del noveno y décimo tomo se perdieron en la estación. Un mes más tarde, Lawrence cuenta que empezó a anotar lo que recordaba de las doscientas cincuenta mil palabras de la primera versión. Terminó los diez libros en menos de tres meses en un manuscrito de cuatrocientas mil palabras. «Obviamente, el estilo era descuidado», afirmó. Trabajó sobre el manuscrito intermitentemente hasta 1921, cuando empezó con la tercera versión, que terminó en febrero de 1922. Entonces quemó toda la segunda versión excepto una página.

La tercera versión sirvió de base para los primeros ejemplares impresos para su distribución privada mientras seguía revisando el texto de Oxford para posteriores ediciones. La pérdida de la primera versión debió de parecer atroz para Lawrence en el momento en que sucedió, pero la destrucción del segundo manuscrito con sus propias manos tras haber escrito el libro por tercera vez demuestra un deseo de perfección que debe de ser único en la historia de la literatura. Como el propio Lawrence afirmó, «los que empiezan en la literatura tienden a tantear un puñado de adjetivos en torno al esquema de lo que quieren describir, pero hacia 1924 yo ya había aprendido las primeras lecciones de escritura y a menudo era capaz de sintetizar dos o tres de mis frases de 1921 en una sola».

Por supuesto, la prosa de Lawrence era poesía. Era un maestro artesano para quien cada sílaba contaba. Y quizá sea el poeta y el historiador quienes más sufren por la pérdida de un manuscrito. Pero también un poeta puede reescribir si así se ha decretado. Veamos la historia de la destrucción accidental del primer manuscrito de la *Conversación a medianoche* de Edna St. Vincent Millay.

Una tarde de mayo de 1936, Edna Millay y su marido, Eugen Boissevain, llegaron al hotel Palms de Isla Sanibel, en la costa de Florida. Además del equipaje para una larga estancia, llevaban consigo el único manuscrito completo de los poemas en los que ella llevaba dos años trabajando.

El manuscrito constaba de varios cuadernos, junto con trozos de papel de embalar y el dorso de varios sobres en los que había apuntado algunos fragmentos. La intención de Millay era mecanografiar los poemas durante las siguientes semanas con su máquina de escribir portátil.

Tras dejar la bolsas, los baúles, la máquina de escribir y el manuscrito en el apartamento, bajaron a la playa. A menos de ochocientos metros se dieron la vuelta y vieron el hotel en llamas (de nuevo el modelo de William Gillette). Parecía que el fuego salía por las ventanas de su apartamento. Corrieron hacia allí, pero era imposible salvar nada. Por suerte, aún tenían el coche, que había sido alejado del edificio incendiado.

Una vez en el coche con los pantalones blancos sucios, que ahora eran las únicas prendas de vestir que poseían, condujeron hasta el puente a Cap-tiva, la siguiente isla. Allí, el dueño del pequeño hotel demostró ser un hombre de gran criterio. Al enterarse de que la señora Millay había perdido todo su nuevo libro, actuó enseguida y absolutamente por iniciativa propia. Apareció en la habitación con una máquina de escribir y un montón de papel. Millay se sentó inmediatamente y empezó a mecanografiar de memoria los poemas perdidos.

Como resume su marido, «de no haber sido por la imaginación y la amabilidad del dueño del hotel, nunca habría podido recordar los poemas. Pero como empezó de inmediato, antes de tener realmente tiempo de asus-tarse por la ingente tarea que tenía por delante, pudo recordar todo salvo unos pocos fragmentos sobre los que estaba trabajando y en los que dudaba entre dos o tres palabras».

El manuscrito de Robert Self Henry con los dieciséis primeros capítulos de *La historia de la reconstrucción*, junto con las notas del libro sufrieron el mismo destino que el relato de Tarkington, solo que nunca se recuperaron. Los dejó en una maleta y un maletín en el asiento trasero de un coche que se quedó abierto, mientras visitaba a unos amigos en Nashville, Tennessee. Cuando salió, habían desaparecido.

Recompensas, artículos de portada en los periódicos, anuncios en la radio, todo en vano. El señor Henry tuvo que volver a empezar desde cero y dedicó tres años más al libro hasta que lo publicó.

No guardaba ninguna copia del primer original y muchas de las notas hacían referencia a cosas tan efímeras como recortes de prensa que no consiguió encontrar por segunda vez. No obstante, el autor no cree que el libro saliera perjudicado a largo plazo. Y ahí tenemos la moraleja.

En la actualidad se publican pocos libros que no mejorarían con una reescritura. La mente de un autor sigue trabajando consciente e inconscientemente después de haber plasmado una idea sobre el papel. Muchos manuscritos serían corregidos y mejorados por sus respectivos autores si la inercia de un escrito terminado no fuera mayor. Así pues, a la perspectiva de la pura monotonía de poner una palabra tras otra, se le

unen los factores del tiempo, del dinero y del inoportuno editor, que apuran al autor para que termine el libro, el artículo o el relato para llevarlos a imprenta.

La pérdida de un manuscrito puede ser una bendición disfrazada. ¿Quién sabe hasta qué punto los libros aquí mencionados no deben su fama al mero hecho de que se hayan reescrito?